

Academia de Buenas  Letras de Granada

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON ALEJANDRO CASTAÑEDA CASTRO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO NUMERARIO

Y

## CONTESTACIÓN

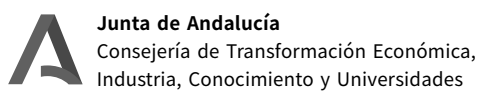
DEL

ILMO. SR. DON JESÚS CARLOS LENS ESPINOSA  
DE LOS MONTEROS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA FACULTAD DE DERECHO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 13 DE FEBRERO DE 2023

GRANADA  
MMXXIII

Esta publicación ha contado con una subvención  
de la Consejería de Transformación Económica, Industria,  
Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
Apartado de Correos 1013  
18080 GRANADA  
<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>  
*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L., Granada  
*Depósito Legal:* Gr/98-2023.

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ALEJANDRO CASTAÑEDA CASTRO

Metonimias gramaticales.  
Atajos conceptuales en el corazón  
de la lengua



Excmo. Sr. Presidente,  
Excmas. e Ilmas. Sras. Académicas,  
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores,  
Queridos compañeros y amigos,  
Querida familia:

En la segunda mitad de los 90, llevaba yo ya algunos años algo desanimado con la lingüística, a la que el azar de las simpatías personales me había conducido como opción de vida académica —me acuerdo especialmente de mi querido maestro Jenaro Ortega—. ¿Y por qué este desaliento? Porque el modelo dominante por aquel entonces, el de la *gramática generativo-transformativa*, me resultaba íntimamente inaceptable, dados algunos de sus principios fundacionales, como el empeño por buscar la arbitrariedad en la gramática como argumento inapelable de la singularidad y excepcionalidad del lenguaje humano en la vasta diversidad de la creación. Y a mí no hay nada que me incomode intelectualmente más que la arbitrariedad. Mejor dicho, lo que me provoca rechazo es la arbitrariedad como punto de partida o lugar de llegada de la razón. En cambio, la arbitrariedad como recurso de codificación, que unos llamen *moon* a lo que otros llamamos *luna*, ateniéndonos al ejemplo de Borges, y en contra de lo que el propio Borges sugiere, es un recurso semiótico de incalculable valor pues permite nombrar sin entender, y nombrar no es solo el principio de la comunicación sino también del conocimiento. Bien vista, la arbitrariedad, la otra, la que me crea aversión, tiene algo de monstruoso, por inexplicable, por irreductible a principios comunes

que sí se reconocen en lo que no es arbitrario, en lo que, como todo hijo de vecino, está motivado en algún principio de alcance general. Así se entiende la construcción del conocimiento: una intrincada red de conexiones entre observaciones particulares y principios generales de los que aquellas reciben explicación, y que, a su vez, resultan ser manifestación de otros principios aún más abstractos y de mayor alcance. En mi fuero interno, la singularidad del lenguaje era un principio de derrumbe de semejante edificio sólidamente fundado y entrelazado del saber.

Volviendo a la *gramática generativo-transformacional*, en realidad, los constructos que surgieron al amparo del modelo no dejaban de tener algo de irresistible encanto científico-poético. Como el del carácter exclusivo del «movimiento alfa», la inaccesibilidad de las «islas sintácticas», el abismo de la «estructura profunda» de las oraciones, apenas vislumbrada desde la engañosa apariencia de su «estructura superficial», «la teoría de la huella», esto es, el rastro invisible que dejaban las palabras que se movían de un lugar a otro del enunciado, la «modularidad de la mente»... Y el más inquietante de todos: el «problema de Platón». Este último suponía el mayor desafío intelectual: ¿cómo era posible que supiéramos tanto?, ¿cómo era posible que los niños logaran la hazaña de aprender la lengua de sus mayores de forma tan rápida, que dominaran los entresijos de la sintaxis y las sutiles diferencias de los sistemas fonológicos o las categorías gramaticales sin necesidad de instrucción y sin apenas cometer ni la milésima parte de los errores que podrían cometer? ¿Cómo evitar el asombro reverencial ante lo inexplicable? La respuesta de Chomsky a ese problema que él mismo identificó (o quizás creó)

era también subyugante: la sola explicación está en los genes. El lenguaje es una facultad única biológicamente determinada. No tiene relación con otras facultades. Crece en nosotros con la determinación inapelable de un instinto que solo atiende a sus propias leyes. Y así todo: fascinante pero inasumible.

A la «poesía» del metalenguaje chomskiano, no obstante, habría de sucederle la «poesía» inherente a la gramática que el modelo que finalmente me atrajo al lado luminoso o, mejor, iluminador de la lingüística supo desvelarme. Fue por casualidad que descubrí la *Gramática Cognitiva* de R. W. Langacker. Un colega me pidió que diera una ponencia sobre Gramática Cognitiva en un simposio que organizó porque pensó que el adjetivo *cognitiva* del título de mi tesis doctoral se refería a ese modelo. No era así, pero yo acepté la invitación y empecé poniéndome a leer la obra magna que constituyen los dos tomos de los *Foundations of Cognitive Grammar* de Langacker.

Las palabras que siguen, que ustedes tan amablemente me dejan pronunciar desde esta honrosa y privilegiada altura, tratan sobre algunas reflexiones relativas a nuestra lengua inspiradas en esta visión del lenguaje que caracteriza a la lingüística cognitiva. Permítanme, entonces, que haga una breve relación de algunas de sus señas de identidad. Se trata de principios tales como (a) que las estructuras de la lengua no son arbitrarias, sino, por el contrario, bien motivadas en nuestras formas de percepción y bien radicadas en la forma en que nuestro cuerpo y nuestra mente se relacionan con el mundo; (b) que representamos los hechos de forma parecida a como los percibimos, distinguiendo entre planos de representación, entre figuras

y fondos, o escogiendo puntos de vista alternativos para concebirlos; (c) que el valor del conjunto no es solo la suma de sus partes y que el significado de palabras y construcciones no se limita a la aportación de cada uno de sus componentes, que no es posible, pues, una descripción puramente analítica y «minimalista» (otro término seductor de la gramática chomskiana) del significado de las frases; (d) que no hay solución de continuidad entre las palabras y la gramática; que las fronteras del significado son difusas; (e) que su dinamismo, generador de polisemia, basada en extensiones metafóricas y metonímicas, es incesante; (f) que la sintaxis es perspectiva y que la perspectiva es significado; (h) que la perspectiva, lingüísticamente hablando, es inevitable, como también lo es en la percepción visual de las cosas; (i) que los significados generan sentidos eventuales y que los sentidos eventuales se convierten a su vez, con la reiteración en el uso, en significados convencionales.

Estos y algunos corolarios más específicos son los fundamentos de esta visión del lenguaje a la que estoy apelando. Pero en lo que quiero insistir hoy aquí es en el carácter «figurado» de la lengua o tal vez mejor podría decirse «imaginístico», aunque a este último término habría que ponerle no dobles sino «triples comillas» por el atrevimiento que supone. Dicho carácter figurado puede reconocerse, por un lado, en la concepción de la lengua como un sistema de representación con importantes paralelismos con la representación visual, pero también, por otro lado, en el sentido de que hace intervenir procesos de extensión metafórica y metonímica del significado de los signos lingüísticos no solo en los niveles de organización



léxica y fraseológica sino también en la configuración del mismísimo corazón gramatical de la lengua.

Centrémonos, así pues, en la metonimia. El diccionario define *metonimia*, que circunscribe al terreno especializado de la retórica, como «tropo que consiste en designar algo con el nombre de otra cosa tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada». Y lo ejemplifica con casos como «las canas por la vejez; leer a Virgilio por leer las obras de Virgilio; el laurel por la gloria», etc.

En un sentido amplio, que es el que asume la lingüística cognitiva, entenderemos aquí que la sinécdoque (hablar del todo refiriéndonos a una parte o viceversa) es un tipo de metonimia.

Tal y como la explica el diccionario de la RAE, la metonimia queda restringida, como figura literaria, al ámbito de la estilística. Sin embargo, al igual que ocurre con la metáfora —recuérdese el libro pionero de Lakoff y Johnston *Metáforas de la vida diaria*—, la lingüística cognitiva reconoce en la metonimia un proceso esencial de nuestro entendimiento que impregna hasta el último rincón del lenguaje cotidiano pero que también se manifiesta en otras formas de representación.

Permítanme a este propósito un ejemplo de metonimia visual tomado del campo de la publicidad. Resultado de la última campaña publicitaria navideña de Coca-Cola, podían verse en las vallas publicitarias de las marquesinas de las paradas de autobús distintas variantes de un anuncio en el que el denominador común era la presentación de una escena hogareña, propia de la Pascua, donde dos personas —marido y mujer, abuela y nieto, hermanos, etc.— sentadas

a la mesa, se muestran serenamente felices compartiendo un momento envidiable de celebración y profundo afecto. Superpuesto a la escena aparece el nombre de Coca-Cola en el característico tipo de letra con largos remates ondulados de la marca y con el efecto pictórico tridimensional que la muestra como suspendida en el aire, dispuesta en forma de semicírculo con la misma apariencia que tiene su superimpresión en una botella. Las letras casi envuelven o abrazan a la pareja. Si el semicírculo del logotipo culminara en círculo completo, contendría en su interior a la pareja. Debajo del logotipo reza la frase «real magic». Ni la botella ni el oscuro líquido burbujeante que contiene aparecen explícitamente. Sin embargo, son indiscutibles protagonistas evocados metonímicamente: el logotipo semicircular figura por la botella, y la botella por el líquido que atesora. Y de la mano de las metonimias vienen las ecuaciones: la verdadera magia es el amor, el amor está contenido en la botella de Coca-Cola, la Coca-Cola es amor, la Coca-Cola es la verdadera magia...

No me resisto a poner otro ejemplo que podríamos calificar como un caso de «metonimia vital». Hace ya cierto tiempo, cuando esperábamos el nacimiento de nuestra primera hija, una amiga mía que acababa de pasar por la experiencia, me contó que en una de sus visitas al médico que revisaba su proceso de gestación, al detectar con el ecógrafo el sonido del corazón de su hijo, acompañado con la lucecita intermitente que se veía en el monitor, el doctor le dijo «¿Lo oyes? A partir de ahora no dejarás de estar pendiente de ese sonido». Es decir, la parte por el todo.

Volviendo a las definiciones del diccionario de la RAE, los ejemplos recogidos en ellas (tanto la de *metonimia* como

de *sinécdoque*) son todos de carácter nominal o referencial (*canas* por *vejez*, *Virgilio* por *obras de Virgilio*, *laurel* por *gloria*; *cien cabezas* por *cien reses*, *los mortales* por *los seres humanos*, *el acero* por *la espada*), pero la metonimia, como se pone en evidencia en el modelo al que me vengo refiriendo, puede ser también verbal o predicativa. Frecuentemente, designamos una fase de un proceso para aludir a otra fase del mismo o al proceso complejo completo. Así ocurre cuando decimos que veremos a alguien para referirnos a que nos encontraremos con esa persona y la veremos, por supuesto, pero también la saludaremos, hablaremos con ella y haremos algo juntos. O cuando designamos la capacidad, la voluntad o la necesidad de hacer algo para referirnos a la realización propiamente dicha de la acción en cuestión en frases como *pudimos aparcar*, *no quise molestarlo*, o *necesitaste contratarlo*. La comprensión del pretérito simple en combinación con ciertos verbos de estado, como en *supe que estaba embarazada* o *cuando tuvo la mayoría de edad*, requiere que reconozcamos que no nos referimos a la finalización de los estados de ‘conocer algo’ o ‘tener la mayoría de edad’, sino a la consecución de los procesos o los cambios que desembocaron en esos nuevos estados. Algunos usos del tiempo presente, como en *¿A qué vienes a mi casa?*, no pueden interpretarse literalmente. La actualidad que expresa este tiempo en *vienes* no está motivada por el hecho de venir, pues el receptor ya ha debido venir para poder escuchar la pregunta, sino que está justificada por la intención de esa venida, que sí sigue estando vigente.

El alcance de la metonimia afecta, igualmente, a los actos de habla, en los que contribuye decisivamente al talante cortés de nuestras palabras. Damos por realizada

una petición, por ejemplo, aludiendo a las condiciones propias de la misma. Hablamos de nuestras necesidades o nuestros deseos (*Necesito que revise el artículo*), a la capacidad de nuestro interlocutor de llevar a cabo la acción deseada (*¿Puedes revisar el artículo?*) o a la inexistencia de inconvenientes para él (*¿Te importa revisar el artículo?*) como formas indirectas de solicitar algo.

También con objeto de amortiguar el impacto de nuestras acciones, se constata otro caso de deslizamiento metonímico en el uso de los diminutivos, a los que somos tan proclives los granadinos. Cuando en un restaurante el camarero nos dice que en breve nos traerá la cuentecilla o nosotros le pedimos que retire unos platillos, ni el camarero se refiere al precio reducido de la comida ni nosotros pedimos que se lleve solo los platos de postre. Lo que se pretende reducir con el diminutivo son las molestias que esas peticiones pueden ocasionar.

Una forma muy especial de metonimia, recurrente pero discreta, que pasa desapercibida pero que emerge por doquier en locuciones, giros, formas verbales y construcciones muy diversas, tiene que ver con la «subjektivización», cuando hablamos como si estuvieran sucediendo cosas en el mundo que solo pasan en nuestra mente al representarnos el mundo en su complejidad o en su extensión. Una forma de concebir el mundo y hablar de él en la que no son tanto los objetos y su devenir lo que importa sino la experiencia interior vivida por el sujeto al pensar en ellos. Una dimensión de nuestra forma de aproximarnos a la realidad de gran alcance pero que se manifiesta día a día en formas aparentemente anodinas y prosaicas de describir las cosas.

Como quien capta su propia sombra proyectada sobre el objeto que quiere fotografiar, prestamos el dinamismo de nuestra percepción al objeto estático que designamos, y así *la colina que se eleva suavemente, los árboles que rodean el lago, la muralla que va desde una punta otra de la ciudad, o las estrellas que recorren el firmamento* se contagian del movimiento que proyecta sobre ellos el sujeto que emplea cierto tiempo de conceptualización y se desplaza mentalmente para abarcar su extensión. O hablamos de objetos que empiezan a existir súbitamente porque solo a partir de cierto momento llaman nuestra atención o se alojan momentáneamente bajo el foco de nuestra conciencia. Así se advierte en algunas declaraciones claramente condicionadas por el punto de vista propio de personas implicadas en algún accidente de tráfico. En una, aparentemente sin conciencia del sesgo que imponía a sus palabras, el siniestrado declaraba así: «... y de repente apareció una señal de stop en una esquina donde nunca había habido una señal antes y no pude parar a tiempo...». La toma de conciencia de las cosas equiparada a la generación espontánea de las mismas.

Proust, que eleva la subjetivización al nivel de lo artístico sublime, la aplica también cuando, contando el lento y, para él, doloroso proceso de adaptación al ambiente de una habitación de hotel en la que se aloja por primera vez, puntualiza que «Nuestra atención es la que pone los objetos en el cuarto, el hábito es el que los quita y nos hace sitio» (*En busca del tiempo perdido. A la sombra de las muchachas en flor*. Madrid: Alianza, p. 316).

Este carácter ubicuo de la metonimia que vengo comentando exige una teoría semántica que le dé acomodo. Las

teorías semánticas estructuralistas, de orientación aristotélica, no parecen ser la respuesta adecuada. En eso la gramática cognitiva lleva ventaja, con su visión perceptiva, configuracional, holística e integradora del significado lingüístico. Para cada signo se constata la asociación a un escenario conceptual complejo, con figuras y fondos, vistos desde cierta perspectiva, con protagonistas y personajes secundarios, con zonas que quedan a la sombra y otras que se iluminan, y con posibilidad de cambiar el punto de vista o el objeto principal de nuestra atención. Precisamente, uno de esos cambios de punto de vista lo constituye la metonimia, que opera automáticamente por el imperativo de coherencia local que nos proponemos cumplir como hablantes y esperamos ver cumplido como oyentes en toda frase. La palabra *elección*, por ejemplo, en relación con el escenario complejo en el que alguien escoge una alternativa entre varias posibles, ilumina unos aspectos y deja otros a la sombra en las frases *No tengo elección*, *Esa es su elección* o *Después de la elección*, en las que focaliza, respectivamente, ‘el conjunto de alternativas’, ‘la alternativa elegida’ o, finalmente, ‘la acción de elegir en su conjunto’.

Precisamente el significado de *sombra* puede servir para ilustrar esta concepción del significado a la que me refiero. Pensemos en los elementos que se dan cita en la configuración compleja de esta noción. Aunque en el diccionario de la RAE la primera acepción que aparece es «oscuridad o falta de luz más o menos completa», en realidad, es la segunda la que parece constituir su significado básico, no por ello menos complejo: «imagen oscura que sobre una superficie cualquiera proyecta un cuerpo opaco interceptando los rayos directos de la luz». Esta interpretación, por

cierto, sí aparece como primera acepción en la completísima entrada dedicada a *sombra* en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner.

La noción de luz no resulta relevante para la de sombra solo por vía de oposición, como se diría desde un enfoque estructuralista, por la complementariedad de los contrarios, porque el alcance de uno termina donde empieza el otro, sino porque la fuente de luz forma parte del «cuadro» representado por *sombra*, aunque sea situándose en un segundo plano, en la base o fondo conceptual que viene «anexado» con el término *sombra*. De igual manera, aunque el objeto de referencia principal del término, su perfil, es la región más oscura, no podemos entender la especificidad de dicha región si no es teniendo presentes no solo la fuente de luz sino también su proyección así como la presencia del objeto opaco que se interpone en la dirección de los rayos, o el entorno más luminoso que delimita la zona donde no llega la luz y que, por lo demás, constituye una imagen inmaterial más o menos distorsionada asociada indefectiblemente al objeto interpuesto. Es por la presencia de todos esos elementos que, mediante distintos ajustes metonímicos y vínculos metafóricos facilitados por aquellos, *sombra* significa también oscuridad, imagen, mácula, remedo, cobijo o asilo, protección, atisbo o rastro, fantasma, persona que sigue a otra, eclipse, deslucimiento en comparación con algo superior, etc.

Metáfora y metonimia están inextricablemente unidas. Dejen que ilustre esta idea con un sencillo ejemplo. En la frase *No puedo digerir este libro*, el nombre *libro* obliga a interpretar metafóricamente el verbo *digerir*, puesto que este, por imperativo del principio pragmático de coherencia

antes mencionado, se interpreta, en relación con el libro que se intenta «digerir», acomodándose a los elementos que conforman este tipo de objeto. Ese acomodo, realizado a partir de las correspondencias constatadas entre el dominio de los libros y el dominio de la digestión (persona que digiere y persona que lee, alimento digerido e información asimilada), resulta en la interpretación de *digerir* en el sentido de ‘entender completamente’ o ‘asimilar cognitivamente’. Por otra parte, sin embargo, el acomodo metafórico de *digerir a libro* implica, a su vez, el ajuste metonímico de *libro a digerir* pues, si *digerir* se entiende metafóricamente como ‘asimilar cognitivamente’, el componente de *libro* directamente implicado en dicha relación de asimilación es solo el contenido expresado en el texto del libro. Es decir, el realce o la focalización que provoca la reducción metonímica pone de relieve la entidad semántica compleja representada en un libro, pero deja aparte otros aspectos, como su condición de objeto físico. No se trata de digerir la cubierta, el lomo o las hojas del libro sino su contenido.

La visión «imaginística» e integradora del significado que hemos querido ilustrar con el significado de *sombra* también se reconoce en el uso figurado de *digerir* cuando se combina con sustantivos como *libro* y también con otros como *historia, película, éxito, fama, popularidad, tragedia, desastre, crisis, subida, caída, ascenso, renovación, transformación, pérdida, retirada, afrenta, ofensa*, etc. En estas combinaciones se reconocen dos aspectos destacados. En primer lugar, que los contextos suelen ser negativos y, en segundo lugar, que se implica lentitud y dificultad en la asimilación de las consecuencias de cierto proceso. ¿De dónde surge esta idea de dificultad y lentitud? La



rapidez o lentitud de un proceso, es decir, la velocidad, es una magnitud relativa. La digestión es lenta respecto de un estornudo, pero rápida respecto de la cicatrización de una herida. Considerarla un proceso lento requiere que tengamos presente un elemento de comparación, que en este caso es razonable pensar que sea el de la ingestión. Ingerimos rápidamente, pero digerimos lentamente y con dificultad en comparación. La ingestión, así pues, está presente en el significado de *digerir*, aunque sea en ese plano de fondo o secundario al que me refería antes. De ahí el significado que adquiere *digerir* en estas extensiones no literales: se combina con sustantivos que implican cambios súbitos o rápidos (como la ingestión) pero que se encajan o asimilan lentamente o con dificultad en comparación con ese proceso o suceso inicial.

La comprensión de la metáfora exige, por consiguiente, el acomodo metonímico de los dominios que se vinculan a través de ella. La metonimia actúa a modo de andamio en la construcción de los puentes metafóricos. Una vez establecida la conexión de los dos ámbitos dispares mediante el vínculo metafórico, la falta de atención y el hábito, como diría Proust, hacen que esas costuras se desvanezcan, al menos en nuestra conciencia, y queden relegadas a la sombra.

La metonimia parece la pariente humilde de la metáfora, que resulta mucho más brillante en los saltos cualitativos que propone. Si la metáfora tiende puentes, la metonimia parece más un simple atajo. Sin embargo, no son desdeñables las virtudes poéticas de la metonimia. En unas líneas contiguas a las que acabamos de mencionar, Proust nos ofrece un ejemplo de ese potencial. Hablando de cuando

despertaba en esa misma habitación, añade: «Lo primero que hacía era descorrer los visillos de mi balcón con objeto de enterarme de cuál era el mar que estaba aquella mañana jugueteando, como una nereida, en la tierra costeña. Porque uno de estos mares no estaba allí más que un día. Al día siguiente ya había otro muchas veces parecido. Pero nunca vi el mismo dos veces.» (*Op. cit.*, p. 318). El todo (el mar) por la parte (sus distintas apariencias). Un mar distinto cada día. Es esta una diferencia categórica, cualitativa, mucho más llamativa que la de un mismo paisaje con apariencias distintas cada día, que resulta ser una varianza algo menos digna de asombro.

Incluir en la ecuación de nuestras descripciones gramaticales los procesos metonímicos puede ayudarnos a garantizar la coherencia del funcionamiento de los mecanismos de la lengua. Un buen ejemplo de ello está relacionado con una de las oposiciones estelares de nuestra gramática, la de la pareja *ser/estar*. Hay varios casos que se resisten a una descripción coherente y que parecen abocarnos a la arbitrariedad de los usos impuestos por la convención caprichosa. *Estar* designa estados episódicos y localizaciones de objetos, como puede constatarse en tantas ocasiones, pero también en estos ejemplos de los versos de Machado incluidos en su poema “A José María Palacio”: «Aún las acacias estarán desnudas y nevados los montes de las sierras» Y, más adelante, al final del poema, «Con los primeros lirios y las primeras rosas de las huertas, en una tarde azul, sube al Espino, al alto Espino donde está su tierra». Sin embargo, ¿por qué empleamos este verbo también en casos como *La manzana está ácida y la miel, dulce*? En estas atribuciones, *estar* se emplea para describir

propiedades inherentes a las manzanas y a la miel, cosa para la que esperaríamos encontrar el verbo *ser*. Estos usos del verbo *estar* solo pueden compadecerse con su valor de verbo referido a estados episódicos si reconocemos aquí un caso del proceso de subjetivización al que me refería antes, la sombra del sujeto conceptualizador o experimentador que encuentra, al saborearlas, ácida la manzana y dulce la miel. Por otro lado, casos donde *ser* se usa para localizar objetos (*Los libros son en la estantería y las cajas en el armario*), coto semántico reservado por defecto a *estar*, no resultan controvertidos si entendemos que, por aproximación metonímica, queremos decir que la localización que corresponde a los libros es en la estantería y la de las cajas es en el armario, con lo que, también aquí, se preserva el sentido de identificación de *ser*.

Una vez equipados con esta herramienta de observación que es la metonimia, los casos se multiplican y pueden identificarse en ámbitos tan abstractos como el de la determinación. En casos como *Madre e hija tienen los mismos niños*, *No imaginas las personas que acudieron a la conferencia* o *Aquí hay el valor suficiente para afrontar eso*, los artículos definidos pueden no designar a las entidades propiamente dichas sino a la cantidad en la que se dan. *Madre e hija*, por ejemplo, solo pueden tener los mismos hijos si nos referimos a la misma cantidad de hijos.

A veces la metonimia es inevitable. En *Tiene más virtudes que esas*, o es metonímico el comparativo *más*, que en una de las interpretaciones posibles —‘tiene otras virtudes además de esas’— no se interpretaría cuantitativamente sino cualitativamente, o es metonímico el demostrativo *esas*, que en la otra interpretación posible —el número de virtudes

que tiene es mayor que el número de esas virtudes—, no se refiere a las virtudes como tales sino a la cantidad en la que se dan estas.

Para no arriesgarme a agotar su paciencia, voy terminando ya.

Hay cierta lección de flexibilidad y tolerancia en estas muestras de elasticidad lingüística que se reconocen incluso en los niveles de organización más profundos de la gramática. No parece que se compadezcan con una visión del lenguaje rígida o férreamente estructurada. Da la impresión de que la lengua se parece más al Albaicín, o a la medina de Fez, que al ensanche de Barcelona o a la cuadrícula trazada con tiralíneas de Manhattan. Se parece más a una ameba que a un cristal, a la retícula de raíces entrelazadas que subyacen a un bosque que a la matriz ordenada de un microchip. Es más una madeja que un tejido de patrones simétricos. Y, en gran medida, los hilos de esta madeja son los vínculos metafóricos y metonímicos que extienden y matizan los significados en la recreación fluida y constante del lenguaje.

Muchas gracias.

ALEJANDRO CASTAÑEDA CASTRO  
(Granada, 1964)

Alejandro Castañeda Castro se formó en la Universidad de Granada, donde primero se licenció y después se doctoró, de la mano de su maestro y director de tesis Jenaro Ortega Olivares, en los ámbitos de Filología Hispánica y Lingüística General respectivamente. Su tesis doctoral obtuvo el premio extraordinario correspondiente al período 1993-1995. Es profesor titular del Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada, donde ha impartido docencia, desde 1990 hasta la actualidad, de lingüística general y lingüística aplicada a la enseñanza de lenguas en los distintos grados de filología y en el Máster Oficial de Enseñanza de Español como Lengua Extranjera: Lengua, Cultura y Metodología de la Universidad de Granada.

Con más de 40 publicaciones científicas, fue coordinador y coautor (junto con R. Alonso, P. Martínez, L. Miquel, J. Ortega y J. P. Ruiz) de *Gramática Básica del Estudiante de Español* (Barcelona: Editorial Difusión, 2011). Esta obra, de gran impacto en el ámbito de la enseñanza del español como lengua extranjera, ha sido traducida a seis lenguas, ha sido publicada para ediciones internacionales en distintas editoriales extranjeras, como Pearson-Prentice Hall en Estados Unidos o Klett en Alemania, y ha servido de modelo metodológico para la elaboración de una gramática del italiano y otra del portugués. Otras publicaciones recientes destacadas son la coordinación del libro *Enseñanza de gramática avanzada de ELE. Criterios y recursos*

(Madrid. SGEL: 2014) y la edición, junto con I. Ibarretxe y T. Cadierno, del libro colectivo *Lingüística cognitiva y español LE/L2*, publicado por la editorial Routledge en 2019 y que recibió el premio de investigación R. Monroy de AESLA en su edición de 2020.

Ha desempeñado los cargos de Subdirector de Español del Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Granada (2001-2002) y coordinador del citado máster (2012-2014), y ha sido representante de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE) en el Consejo Académico de SICELE (Sistema Internacional de Certificación de Español como Lengua Extranjera) (2013-2015).

Ha participado como ponente invitado para impartir conferencias plenarias o formar parte de mesas redondas plenarias en 9 congresos y para dar conferencias plenarias en más de 80 eventos académicos de distinta naturaleza (jornadas, encuentros, seminarios y cursos) en numerosas universidades españolas (UIMP, Univ. de Salamanca, Univ. Autónoma de Madrid, Univ. Autónoma de Barcelona, Univ. Pompeu Fabra, Universidad de Valencia, Universidad del País Vasco, Univ. Pablo de Olavide, Univ. de Málaga, Univ. de Alicante, etc.), europeas (Univ. de Lund, Universidad del Sur de Dinamarca, Universidad Ca' Foscari, Universidad Católica de Lovaina) y americanas (Universidad de Columbia) así como en distintos centros del Instituto Cervantes (Centros de profesores de Alcalá de Henares, Bremen, Hamburgo, Praga, Viena, Budapest, etc.). En el desempeño de su labor docente universitaria ha dirigido más de 30 trabajos de fin de máster y 9 tesis doctorales.

La investigación de Alejandro Castañeda Castro aborda distintos temas relacionados con la gramática del español

desde el punto de vista de la Gramática cognitiva y su aplicación a la enseñanza de español LE/2L. Ha sido investigador principal del proyecto de investigación “Gramática avanzada del español como lengua extranjera” [Ref.: FFI2009-13107], financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, y actualmente es el investigador principal del proyecto de investigación “Gramática figurativo-constructiva del tiempo y aspecto verbales en inglés y español. Aplicación didáctica cognitivo-contrastiva para el desarrollo de la competencia plurilingüe” [Ref.: PID2021-128771OB-I00], financiado igualmente por el ministerio de Ciencia e Innovación.





CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON JESÚS CARLOS LENS  
ESPINOSA DE LOS MONTEROS



Excmo. Señor Presidente,  
Excmas. e Ilmas. Sras. y Sres. Académicos,  
Señoras y señores, amigas y amigos:

Permítanme que empiece con una afirmación de Perogrullo: para quienes trabajamos con las palabras, la lengua es importante. La lengua en una doble acepción. Por una parte, y en definición de la Real Academia de la Lengua, como “órgano muscular situado en la cavidad de la boca de los vertebrados y que sirve para gustar y deglutir, así como para modular sonidos”. Pero también como “sistema de comunicación verbal propio de una comunidad humana y que cuenta generalmente con escritura”. La lengua es básica y, sin embargo, ¡cuántas veces nos olvidamos de ella! No es solo que la maltratemos, pateemos la gramática y la llenemos de bárbaros extranjerismos; es que nos olvidamos de la cantidad de hermosos recursos estilísticos que nos ofrece. La hacemos plana, gris y aburrida.

De ahí el choque, el impacto que me ha provocado el discurso del nuevo miembro de nuestra Academia de Buenas Letras, Alejandro Castañeda Castro, brillante investigador y docente en los ámbitos de la Filología Hispánica y la Lingüística General. Pero de eso les hablaré más adelante. Además de su labor en el departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada, Alejandro está especializado en la enseñanza del español como lengua extranjera. ¿Puede haber algo más bonito que enseñar la lengua de Cervantes, Quevedo, García Lorca, Martín Gaité o Ana María Matute a una persona de fuera que desee aprenderla?

Fue una de sus primeras pasiones. Animado por su maestro, Jenaro Ortega Olivares, por el que profesa una gran devoción, dejó un puesto más o menos estable y seguro en un instituto para entregarse a una didáctica que le pareció especialmente exigente. Por un lado, hay que tener un conocimiento muy profundo de la propia lengua. Por otro, a la hora de transmitirlo, hay que desmenuzarlo para darlo mascado. No se puede falsear, pero hay que hacerlo comprensible. Toda una lección que le enseñó a Alejandro tanto como él mismo enseñaba.

Escuchar su discurso me ha hecho recordar que la lengua es uno de los mayores tesoros que tenemos a nuestro alcance, patrimonio inmaterial de la humanidad en general y de cada uno de nosotros en particular. La lengua como vehículo de entendimiento y concordia. De encuentro, acuerdo, goce y disfrute compartidos.

También ha querido la casualidad, o quizá haya sido la causalidad, que este brillante e imprescindible discurso me haya sorprendido en plena lectura del libro ‘El poder de las palabras’, que su autor Mariano Sigman subtitula ‘Cómo cambiar tu cerebro (y tu vida) conversando’. Dice lo siguiente en uno de sus párrafos: “Cuando la conversación sucede en el contexto adecuado, el de unos pocos que se escuchan e intercambian argumentos, nos ayuda a pensar con más claridad, a tomar mejores decisiones y a ser más ecuanímenes, empáticos y comprensivos. Tan simple como eso: es una herramienta fabulosa, tal vez la más efectiva, para dar forma al pensamiento”.

Si una enseñanza me llevo esta tarde, y creo hablar en nombre de todos, es la de que debemos cuidar el lenguaje. Mimarlo y darle lustre y esplendor. Aprovecharlo. Lucirlo.

Y para ello hay que ser conscientes de él. No darlo por supuesto, como tantas veces ocurre, dado que lo hemos aprendido desde la cuna y, supuestamente, sin esfuerzo. “¡Estemos a la altura de lo que la evolución espera de nosotros!”, parece decirnos Alejandro Castañeda, un granadino tranquilo y orgulloso de serlo. Un granadino con pasión por la educación y por su Albaicín, donde se formó en sus primeros años.

Alejandro, pausado en el hablar, es amante del montañismo, un deporte que requiere tiempo y esfuerzo y que por su propia naturaleza invita tanto a la conversación tranquila como a la introspección reflexiva. Lo mismo ocurre con ese cine que le gusta ver. El negro. El clásico. El que te hace preguntarte cosas. El de los 80 y los 90, cuando Alejandro ya era más maduro y lo podía contextualizar. Ridley Scott, Stephen Frears, la melancolía de la *Inteligencia Artificial* de Steven Spielberg, ahora que tanto se habla de ella. Y se llora, aquí en Granada. Y Kubrick. Siempre Stanley Kubrick, pero mejor *Barry Lyndon* que *La naranja mecánica*, una película que le provoca pavor y le aleja de la parte que más podría tener con su disciplina académica: la invención del Nadsat, toda una jerga juvenil inventada por el autor de la novela original, el también lingüista Anthony Burgess.

A Alejandro le gusta el cine, pero no tanto cómo el cine ha abordado las cuestiones de la incomunicación y el lenguaje que rompe barreras y acerca a las personas y las culturas. Incluso las alienígenas, que *La llegada* de Dennis Villeneuve también se le queda coja. Casi mejor el clásico de Truffaut, *El pequeño salvaje* que sale del bosque a los doce años y aún no sabe hablar. ¿Cómo hacerle comprender los secretos de la lengua?

Alejandro ha centrado su discurso en un recurso, la metonimia, que es la quintaesencia de la inteligencia aplicada al lenguaje. Efectivamente: ¿no es la pariente humilde de la metáfora! Digamos que son hermanas. ¡Qué emoción, esa “metonimia vital” que nos ha contado y qué oportuna la referencia a los diminutivos con los que le quitamos importancia a las cosas en Granada, antídoto contra nuestra proverbial *malafollá*! Por terminar con el cine, cuánta significación se esconde detrás de una aseveración tan aparentemente sencilla como “los sábados me gusta ver una del Oeste” o, pulsión cinéfila, “voy a verme todo Coppola ahora que por fin está filmando su soñada *Megalópolis*”.

Hemos disfrutado con la conceptualización poética del movimiento de objetos aparentemente inmóviles y con la creación de realidades a través de las palabras. Porque el lenguaje no es neutro y tiene una enorme capacidad de condicionar, de transformar la realidad. ¿Y qué me dicen de las referencias a los libros, nuestros amados libros, y las benditas exageraciones que utilizamos a la hora de hablar de ellos? Alejandro Castañeda ha hablado de digerirlos, una palabra multiusos. Podríamos hablar de beberlos y devorarlos. De los libros que enganchan, atan, pesan, transportan y un sinfín más de posibilidades de ese mágico objeto.

Terminaba nuestro nuevo compañero su alocución haciendo referencia a la necesaria y deseable flexibilidad del lenguaje en un párrafo final que es para enmarcar, repleto de sabiduría poética. Sirva esta madeja desordenada de impresiones como cálida bienvenida a Alejandro Castañeda Castro a esta su casa. Respondamos con un fuerte y caluroso aplauso al nuevo miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada, que nos ha recordado la importancia de cuidar nuestra lengua. Gracias y bienvenido, Alejandro.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada  
el 22 de enero del año 2023,  
en el aniversario de la muerte  
de María Juana Moliner Ruiz, archivera, filóloga  
y lexicógrafa, autora del *Diccionario de uso del español*,  
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Abad,  
Secretario de la Academia.

Granada,  
MMXXIII

